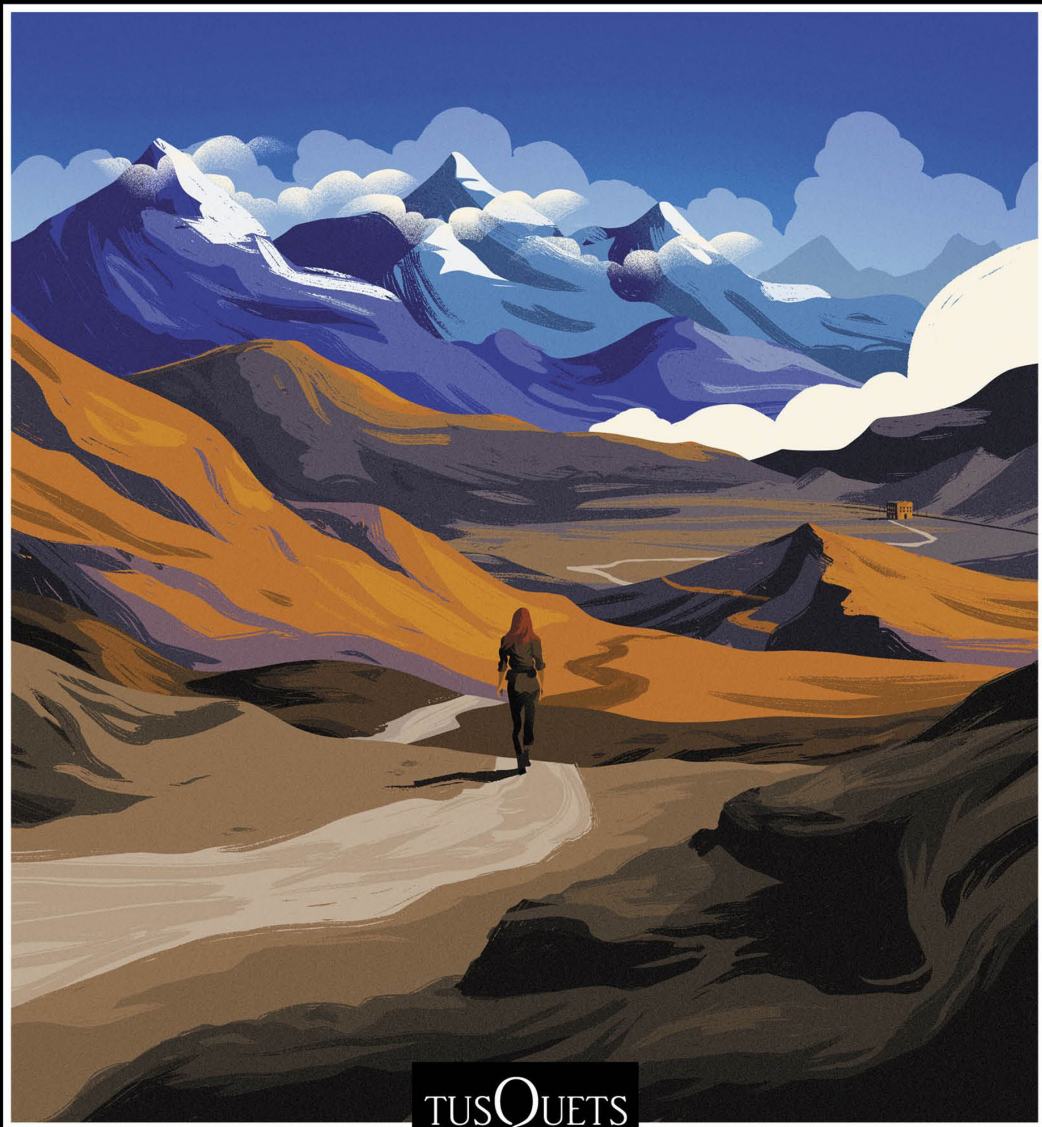


# Eduardo Fernando Varela

## ROCA PELADA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

EDUARDO FERNANDO VARELA  
ROCA PELADA

TUSQUETS  
EDITORES

El destacamento del paso de Roca Pelada estaba por encima de todas las ciudades del planeta y de casi todas las especies, apenas unos dos mil metros por debajo de la línea de subsistencia, y para llegar era más fácil descolgarse de una nube que trepar cordilleras. Un poco más arriba del paso estaba la zona de la muerte, en donde no había probabilidades de supervivencia prolongada para ningún tipo de organismo y la naturaleza solo consentía breves escapadas a pacto de que se clavara una bandera en una cima, se enterrara un pergamino recordatorio, se construyera algún hito fronterizo y se descendiera de inmediato. Sacudones, derrumbes y enfurecidos relámpagos hacían de cada minuto en esos cráteres un desafío a los elementos. El delirio de altitud, las alucinaciones y el descontrol de los fluidos que provocaban edemas mortales eran una amenaza constante. La vida cotidiana en aquel remoto puesto de frontera tenía sus propias reglas, aunque nadie supiera cuáles eran. Una geografía indómita, las enormes distancias y la ausencia de caminos disuadían el tránsito por aquellos pasos absurdos que rondaban los cinco mil metros y no llevaban a ninguna parte, salvo hacia el cielo.

Aquella mañana el teniente Costa se giró en la hamaca varias veces, buscando una posición que lo colocara de un

lado u otro de la conciencia. Una parte de su mente se deslizaba igual que una sombra entre los abismos del sueño, la otra fluía vigilante en el silencio glacial que sumergía al desatamiento durante las madrugadas del altiplano. Una hora más tarde sintió en sus espaldas un fugaz movimiento de la cordillera que le recorrió el cuerpo como un escalofrío, y el aire liviano de la altura terminó de despertarlo. Aquellos temblores provenientes del círculo de volcanes solo se percibían en el silencio estático de la noche, aunque perduraran con la sutileza de una caricia invisible. Esperó al amanecer, que en aquellas elevaciones era una luz circular envolviendo cimas y colinas, después llenó varias veces sus pulmones de aire y caminó descalzo, refregando los pies contra el piso para descargar la electricidad acumulada en el cuerpo. Subió a la terraza y se apostó con los largavistas al cuello, como cada mañana, para observar el territorio. Un resplandor extraño que brotaba entre las piedras como agua de vertiente permitía que la vista se extraviara en la inmensidad de la cordillera. Un centenar de kilómetros valle abajo, de ambos lados de la frontera, las enormes manchas de los salares eran otra galaxia que reverberaba con luz propia, desafiando los astros. Aquel aire extremadamente seco y transparente que crujió con el menor roce acható el paisaje y colocó cada cosa en el mismo plano, confundiendo la perspectiva.

Costa aspiró profundo, pero no le alcanzó, y tuvo que hacerlo varias veces más mientras su mirada vagaba por las escasas capas de aire que tenía sobre la cabeza. En aquellas alturas del planeta el corazón debía redoblar sus esfuerzos para distribuir la vida a lo largo del cuerpo, el peso de la atmósfera era tan liviano que la presión se reducía al mínimo, y la corriente vital que recorría las arterias se volvía un flujo débil y mezquino. Siguió aspirando, pero en ese aire las moléculas no cuajaban y se deshacían como espuma. Aquel oxí-

geno de mala calidad era una especie de vino alargado con agua, y había que tomar varios litros para sentir apenas una ligera embriaguez. Costa observó en detalle cada parcela del territorio vacío que lo rodeaba, aunque la pureza del aire hiciera que el panorama se diluyera en el ambiente convertido en destellos. Millones y millones de rocas de todos los tamaños y formas que iban desde el minúsculo pedregullo hasta los imponentes bloques en las paredes de los cráteres se diseminaban hasta donde llegaba la vista, y aquella extensión de escombros volcánicos se asemejaba a la huella de una explosión nuclear. En medio de aquel paisaje desolador rodeado de volcanes pasaba una frontera a cuyos lados se encontraban los dos destacamentos del paso de Roca Pelada, separados por una línea de piedritas pintadas de blanco. Más que un límite, era la trama de un hilo que los entretejía. Del lado oriental se encontraba la Guardia de Frontera, y a occidente, los carabineros de la Ronda de Confines. A lo largo de su historia ambos países habían construido trincheras y campos minados, y si bien nunca hubo una guerra declarada, los movimientos de tropas, las intrusiones y las escaramuzas, los tratados de amistad y los intercambios de artillería habían sido una constante.

Costa enfocó sus binoculares en el puesto vecino, a cien metros de distancia, y lo estudió con parsimonia. Todo se veía normal, aunque aquel no fuera un día igual a los otros y una cierta tensión se percibiera en el ambiente. Cerca del mediodía, tras una larga espera, tres carabineros de la Ronda de Confines salieron por una puerta cargando varias cajas de color verde oscuro, y con paso lento caminaron hacia la frontera por un sendero de guijarros. Costa volvió a enfocar, y le llamó la atención la facilidad con que aquellos hombres cargaban pesos que en esas altitudes se redoblaban. Imaginó a sus propios hombres arrastrando las cajas como si la ley de

la gravedad les hubiera sido aplicada con los peores agravantes, cayendo y levantándose con rostro sufrido, pobres cristos en pleno vía crucis. Su personal eran refuerzos recién llegados al destacamento desde las zonas tropicales, gente floja y vegetal, de temple delicado y apunamiento fácil. Pero el teniente había tomado sus precauciones, usando para aquel intercambio mineros nativos de sólido tórax y amplios pulmones, hombres con el áspero carácter de la roca.

Costa buscó con los prismáticos al otro comandante, el teniente Gaitán, con quien a veces se reunía en la tierra de nadie para tratar asuntos comunes, pero aquel maldito se había vuelto invisible, se había apostado fuera del campo visual y dirigía la operación jugando a las escondidas. Los tres carabineros cargaron las cajas hasta detenerse cerca de la línea de piedritas pintadas de blanco que determinaban el confín, y allí quedaron esperando órdenes. El sargento Quipildor, ayudante de Costa, también seguía atentamente las operaciones apostado en los galpones del ferrocarril, esperando una señal de su jefe. Era un hombre cetrino de estatura media y mirada esquiva que observaba con astucia, aunque su mirada bovina sugiriera lo contrario. Sus ojos parecían cavernas que comunicaban con mundos desconocidos, pero Costa sospechaba que aquellos ámbitos eran la nada misma, y que el hombre estaba tan vacío como el territorio que debían vigilar. Una de sus mejillas ostentaba una ligera hinchazón debido a la bola de hojas de coca que maceraba constantemente en la boca y daba un aspecto grotesco al rostro curtido por el sol y el aire de la cordillera. Quipildor había pasado toda su carrera en cuarteles y puestos de frontera a lo largo del país, y los últimos recuerdos de su vida civil se habían disuelto hacía años en las alturas de Roca Pelada. Era irrespetuoso y desobediente, lo habían condenado a servir en esa frontera inclemente tras varios sumarios por insubor-

dinación, luego se habían olvidado de él. Vestía un uniforme prolijo pero desgastado, de un verde triste y mortecino, salpicado de costuras y torpes remiendos hechos por él mismo. En un costado del pecho la etiqueta de tela con su nombre y grado, apenas cosida con puntadas salvajes de hilo blanco, estaba siempre a punto de caer.

El teniente Costa hizo una seña a Quipildor para que siguiera esperando, y volvió a rastrillar con los largavistas el destacamento vecino buscando al teniente Gaitán, pero luego de varios minutos, cuando la tensión se hizo insoportable, ordenó a los suyos que se adelantaran. Tres mineros anchos y retacones salieron del destacamento con paso lento cargando otras tantas cajas y se dirigieron a la frontera. Los carabineros se pusieron en alerta, controlando cada pequeño movimiento que pudiera celar una trampa. Si alguno se detenía o aceleraba el paso, los otros hacían lo mismo, de manera que todos llegaran al mismo tiempo a la zona de nadie en donde se concretaba el intercambio. Una vez allí, apoyaron las respectivas cajas cerca del hito fronterizo, un sólido monolito con escudos nacionales, placas conmemorativas y un contradictorio cartel que anunciaba: PASO DE ROCA PELADA. LÍMITE INTERNACIONAL. ALTITUD 4980 METROS. VIGILANCIA ARMADA. PROHIBIDO PASAR.

Unos frente a otros, mineros y carabineros apenas se miraban de reojo esperando órdenes de los comandantes. A partir de entonces transcurrió un tiempo indefinido en el que toda la cordillera parecía pendiente de los próximos desplazamientos. Llegado el momento, aquellos hombres intercambiaron las cajas con movimientos cautos, controlaron los contenidos, y regresaron con idéntico paso a sus respectivos lados. Terminadas las operaciones, el teniente Costa siguió buscando con los binoculares al teniente Gaitán, cada vez más intrigado por su ausencia. Había algo que no le gus-

taba en aquella actitud, y su desconfianza crecía con cada minuto que pasaba. En poco tiempo el paso de Roca Pelada volvió a quedar vacío y silencioso. Quipildor subió a la terraza y saludó con porte marcial, pero Costa no quitó la vista del terreno.

—Espero que no nos hayan vuelto a engañar —dijo Costa al rato.

El sargento sonrió, satisfecho.

—Negativo, teniente, veinte kilos de harina y quince de azúcar por quince litros de aceite y catorce kilos de arroz —refirió con tono enfático, destacando el éxito de la operación.

—¿Carne no mandaron?

—La carne estaba muy cara, saben que nuestro tren está demorado, y nos subieron los precios.

—Malditos carabobos, ya voy a hablar con el teniente Gaitán, cuando aparezca. ¿Y nosotros los engañamos con algo? —siguió preguntando Costa con la vista clavada ahora en la lejana corona de volcanes que bordeaba el altiplano, cuyas fumarolas acomunaban gases terrestres con vapores celestes.

Quipildor rio con sorna.

—Positivo, teniente. Les mandamos harina con gusanos, y el azúcar era del siglo pasado, estaba todo pegoteado. El aceite de ellos está un poco rancio, pero pasa.

Salvo algunas huellas y senderos abandonados, y una línea ferroviaria que se interrumpía en la frontera, no existían caminos en aquellas extensiones, uno de los lugares más inhóspitos del planeta. Costa y Quipildor pasaron el resto del día vigilando el inmenso escenario que se abría alrededor de los destacamentos, controlando las vegas congeladas, la posición de los hitos y las columnas de vapor que se desprendían desde Los Hirvientes. A lo lejos, las cimas de los Sietemiles y los Seismiles, inmensos volcanes que circunda-



ban el vertiginoso altiplano, se convertían en simples colinitas dibujadas por la mano de un niño. Sus cráteres, a menudo envueltos en nubes, estaban protegidos por altas paredes de roca que pocos o nadie habían podido superar. Todo aparentaba estar en orden, aunque una creciente inquietud sugiriera cautela. Un extraño cúmulo de rocas apareció de pronto en la lente de Costa, a unos tres o cuatro mil metros en dirección a Huerta del Cielo, sobre las faldas del volcán Intillaku, pero la distancia no permitía mayores certezas.

—Mire allá, sargento, una apacheta. Estoy seguro de que ayer no estaba, la hubiéramos visto. Todo esto resulta muy sospechoso —dijo el teniente Costa, excitado. Aquellos montículos de piedras eran las antiguas señales con que los indios demarcaban jurisdicciones y confines, una cartografía ancestral que se oponía a la oficial, basada en tratados y diferendos estipulados en salones remotos. La aparición de apachetas indicaba que algo inusual estaba ocurriendo en la cordillera, porque nadie estaba autorizado a circular por aquel sector. Costa lo percibía en cada metro cuadrado que enfocaba, se lo decían las rocas y la quietud amenazante de la atmósfera, el aire cristalino que envolvía el paisaje como un pliego de celofán.

—No creo que sea una apacheta, teniente, debe ser algún desprendimiento, anoche hubo varios temblores —aclaró Quipildor, escéptico.

—Los terremotos no ponen una piedra sobre la otra, sargento, no me contradiga. Al contrario, las derriban. En los últimos meses aparecieron varias apachetas desparramadas por ahí, pero no se alcanzan a ver a ver los intrusos.

—Aquí nada es imposible, cosas más raras he visto en estas montañas, usted está un poco obsesionado. Piense en otra cosa, distráigase —aconsejó Quipildor con respeto. Sabía que cuando al jefe le venían aquellas manías terminaban rea-

lizando fatigosos patrullajes que llevaban días y días de marcha para nada. Al final, las supuestas apachetas desaparecían, resultaban simples desmoronamientos o engaños producidos por las distorsiones caprichosas del terreno en el paisaje inmóvil y vacío.

Costa bajó los largavistas solo para fulminarlo con una mirada admonitoria, y siguió buscando, concentrado sobre sí mismo. Decidió que esa misma noche una patrulla saldría en reconocimiento a Huerta del Cielo, aprovechando que la luna se ocultaba temprano y podían ampararse en las tinieblas.

—Hace años que no vamos, sargento, tenemos que controlar el trazado del límite. ¿Los cabos ya se han levantado, o esperan el desayuno en la cama? —preguntó Costa.

Quipildor supo que la situación se estaba complicando.

—Duermen, todavía no se han aclimatado, los pobres.

—Prepare una patrulla para esta noche, nos vamos de reconocimiento.

—Es mi deber recordarle que para ir a Huerta del Cielo hay que cruzar territorio enemigo, los caranchos nos van a correr a los tiros.

—Negativo, sargento, vamos a ir por nuestro lado, no les vamos a pisar el suelo a los caranchos.

—Insisto, teniente. Eso alarga la marcha, los tropicales se nos mueren a mitad de camino, y cavar tumbas en la roca es trabajoso. Soportan la humedad y la malaria, pero sucumben a unos gramitos menos de oxígeno; el aire de altura les endurece la garganta y se ponen afónicos, los ojos se les secan y andan tanteando las cosas todo el día. No tienen suficiente descarga a tierra, y de cada cosa que tocan sacan chispas, yo no contaría con ellos —advirtió Quipildor atento a no contradecir a su superior, pero Costa estaba decidido.

—No hará falta cavar tumbas, aquí todo se momifica.

Salimos en secreto apenas se oculte la luna, los carabobos nos van a estar espiando, pero la oscuridad será total. Necesito cinco tropicales, elíjalos usted. El punto de reunión es detrás del galpón. Y no discuta, sargento. ¿O quiere otro castigo?

—No tengo nada que perder. ¿A qué lugar peor que este me pueden mandar? Primero me dieron una pena de dos mil metros, luego tres mil, después cinco mil. Solo me pueden mandar para abajo, arriba de aquí ya no hay nada —dijo Quipildor con desgano, luego pidió permiso y se retiró maldiciendo por lo bajo.

Había preparado una peña con vino y tortas fritas para aquella noche en los barracones de los mineros, pero debía postergarla por las obsesiones de aquel tenientucho que se pasaba el día viendo cosas raras, maniático y caprichoso igual que todos los oficiales que había conocido.

Costa pasó el resto del día en la terraza observando el altiplano, luego se encerró en su cuarto y tomó de una pila de libros uno elegido al azar. Durante un buen rato releyó algunas páginas sin retener el sentido de lo escrito, después fijó la vista en el título esperando que se le activara la memoria, pero no pudo recordar si ya lo había leído, así que regresó a sus cavilaciones. Sospechaba que los carabineros habían hecho varias salidas en los últimos meses, intuía sus pasos en la cordillera, creía advertir siluetas furtivas entre las colinas, alrededor de los volcanes, pero no podía descubrirlos, seguramente ellos también se amparaban en las sombras durante la noche y se mimetizaban con el terreno durante el día. Se le ocurrió que los movimientos del enemigo le resultaban tan escurridizos como las historias contenidas en sus libros. Debía además lidiar con su tropa, refuerzos enviados desde las regiones mesopotámicas del país, cabos nacidos y crecidos en zonas fluviales enmarcadas por ríos anchos y

caudalosos que se pasaban el día arrojados en sus camas quejándose de cuanto mal sus estrechas imaginaciones pudieran concebir: mareos, disritmias, alucinaciones, somnolencias, vértigos, insomnio, taquicardia, angustia, fiebres, hipotermia, sofocones, jaquecas y nostalgia, por solo nombrar algunos. Apenas se sentían un poco mejor, se refugiaban en los barracones de los mineros para jugar a las cartas o cantar hasta cualquier hora, bajo la luz mortecina de braseros y faroles y el aire viscoso de frituras mal ventiladas. Por carencia de presupuesto la comandancia le mandaba a los primeros que encontraba, que enseguida pedían el traslado a zonas menos extremas, y el puesto de frontera volvía a quedar sin personal. Solo unos pocos desesperados intentaban desertar, aunque no hubiera adónde ir y antes de la noche regresaran atormentados por la soledad en busca de lumbre y reparo. Entraban en silencio, atravesaban los pasillos y se metían en sus camas tiritando, sin que nadie hubiera reparado en su ausencia. Y como si esto fuera poco, estaban los del otro lado, la Ronda de Confines, los malditos caranchos, los odiados carabobos, que esperaban cualquier distracción para mover los hitos y robar territorio. Pero el teniente de la Guardia de Frontera Ricardo Costa estaba allí para vigilar cada roca o mojón y salvaguardar la soberanía de la patria.

Esa noche se equipó para la marcha, a la hora concertada se dirigió al punto de reunión, absorbido por la oscuridad. Sentía en el rostro el mordiscón intenso de la helada nocturna, y rogaba que a ninguno de aquellos imbéciles se le ocurriera encender un cigarrillo o una linterna. Cuando llegó escuchó el roce de un uniforme, y un segundo más tarde se desató un chisporroteo que le permitió ver, fugaz, el aterrado rostro de uno de los tropicales. Para Costa aquellos cabos eran todos iguales, formaban una masa de color verde que se

desplazaba en otras dimensiones, y cada tanto se los cruzaba en los pasillos del destacamento. Si no podía diferenciarlos durante el día, menos aún en la oscuridad.

—Identifíquese —susurró Costa.

—Cabo Bequembauer Gutiérrez, a sus órdenes, teniente.

—¡Tírese cuerpo a tierra, antes de que nos vean! —ordenó entre imprecaciones, pero el cabo estaba inmóvil, incapaz de reaccionar.

—Perdone, teniente, no sé qué me pasa, siento que todo esto ya me ha ocurrido antes —dijo con voz temblorosa.

Costa esperó a que Quipildor emergiera de las tinieblas, y lo increpó.

—¿No les advirtió que se quitaran la electricidad?

—Sí, pero se vuelven a cargar enseguida.

—¿Cuántos somos? —quiso saber Costa, husmeando en la oscuridad.

El sargento respondió con voz pastosa por las hojas de coca apelonadas en las mandíbulas.

—Nosotros dos y el cabo Bequembauer Gutiérrez, el único que pudo venir. Los otros están en las habitaciones, con diarrea.

—Dígale que se quite las botas y camine descalzo para eliminar la estática.

—Está helando, a este pobre infeliz le puede venir una pulmonía en cualquier momento. Es más seguro que vuelva al destacamento y sigamos nosotros —aconsejó Quipildor, y Costa tuvo una sola objeción.

—Acompáñelo, si se pierde en la oscuridad podría terminar del otro lado de la frontera, y no quiero incidentes limítrofes.

Un rato más tarde Costa y Quipildor bordearon sigilosos el límite para no despertar a las sombras, cruzaron algunos

hitos cuyas posiciones resultaron correctas, y varias horas después flanquearon las laderas orientales del Intillaku, siempre protegidos por la noche y la enorme mole del volcán. Estaban fuera de toda visual, pero seguían hablando entre susurros, la acústica en esa altitud era imprevisible, y aunque los sonidos no tuvieran en dónde rebotar, bien podían las piedras transmitirlos con sus ecos interiores, mil veces más traicioneros.

Cuando el azul metalizado del alba se insinuó por encima de la línea de los cráteres, el cielo empezó a iluminar aquel altiplano desértico a cinco mil metros sobre el nivel del mar, rodeado de colinas y coronas de volcanes. En aquellos parajes no había alturas, solo lejanías. Una amplia extensión brillante sin principio ni fin se desplegó y rodeó ambos guardias con sus grises pálidos y sus claroscuros, mientras el reflejo naciente coloreaba de celeste cualquier cosa que mirara a occidente. El panorama concéntrico del altiplano desorientaba y provocaba mareos, entonces la mirada se volvía sobre sí misma y buscaba refugio en las cercanías.

—¿Puedo saber qué más vamos a hacer en Huerta del Cielo, teniente? —preguntó Quipildor.

—Vamos a ver esa apacheta, y a contar los meteoritos.

—Desde la terraza también se pueden ver, para pedir un deseo no hay que ir tan lejos. Anoche pasaron cuatro, iban para el lado de los caranchos, ninguno para el nuestro, quién sabe por qué.

—Me refiero a los meteoritos que ya cayeron, no a los que pasan por el cielo. Los caranchos nos envidian porque de nuestro lado hay más que del lado de ellos, y cada tanto se roban alguno. Y sepa, sargento, que las estrellas fugaces no tienen una dirección precisa, no van para acá o para allá. Pasan, y basta.

El irreverente Quipildor tuvo que reprimir un impulso, cada vez le molestaba más la arrogancia de su jefe, que creía saberlo todo y ahora se daba aires de astrónomo.

—¿Quién se va a llevar esas piedras, que pesan toneladas? Una cosa es ver meteoritos en el cielo, y otra cosa es verlos caídos. A mí me da un poco de pena.

—No empecemos, sargento, que no estoy de humor —advirtió Costa, pero el otro seguía protestando.

Costa apuró la marcha para evitar esa voz quejosa. Tras bordear el Intillaku llegaron por fin a Huerta del Cielo, una inmensa depresión del terreno salpicada de enormes rocas desparramadas a un lado y otro de la línea imaginaria de frontera, igual que un juego de canicas abandonado hacía milenios por antiguos dioses. El sol perpendicular de la mañana reducía las sombras, y aquel extraño paisaje de formas esféricas resplandecía con luz propia. Costa desplegó sus mapas y cartas topográficas para comprobar la posición de cada meteorito, los propios y los ajenos.

—Aquel es el Campaña de Alfabetización 1918, el de al lado es el Santísima Trinidad.

—A ese no se lo van a robar, los carabobos son muy creyentes —aseguró el sargento.

—Aquel, más al norte, es el Independencia —siguió Costa, llevando la vista del papel al terreno y viceversa, mientras Quipildor señalaba con una cruz las posiciones en los mapas—. ¡Acá falta uno! —exclamó Costa de pronto—. El Soberanía Popular debería estar unos dos mil metros hacia el oeste, y no está.

Quipildor trazó un círculo con un signo de interrogación en el sitio correspondiente del mapa, y con esforzada caligrafía escribió «este no está».

—Allá falta otro, el Congreso Nacional, seiscientos me-

tros al sur —dijo Costa señalando un espacio vacío del terreno.

Quipildor trazó otro círculo y escribió «este tampoco».

—Alguien nos ha robado dos meteoritos, hay que elevar un informe a la comandancia —sentenció Costa.

—¿Para qué los querrán, si ya no sirven para pedir deseos?

—Los venden en museos del extranjero, ese pícaro de Gaitán me va a tener que dar algunas explicaciones.

Quipildor tomó de pronto un plano y lo cotejó varias veces con el terreno.

—Ahí nos falta otro, teniente, tres mil metros a noreste, también nos robaron el Brigadier Montoya.

—No, sargento, a ese lo robó hace décadas uno de nuestros ministros, lo fue empujando con un tanque de guerra, luego lo hizo rodar cuesta abajo hasta la llanura. Varios pueblos terminaron partidos por la mitad porque no había forma de detenerlo. Se lo vendió a la Nasa, y después se retiró.

—¿Y cómo se llamaba ese ministro? —preguntó Quipildor indignado.

—Era el mismísimo brigadier Salustiano María Montoya, el encargado de poner los nombres a los meteoritos. Terminó pensando que era suyo.

—¿No lo metieron preso?

—También era ministro de Justicia, él mismo se absolvió con un decreto.

—A algunos sí se les cumplen los deseos —meditó Quipildor.

—Faltan muchos más, pero no podemos saber cuáles robamos nosotros y cuáles ellos —explicó Costa mientras se acercaban para inspeccionar las rocas de cerca. Se detuvieron frente a otro, el Patria o Muerte, el único que pertenecía



a ambos países según un tribunal internacional, ya que el límite pasaba exactamente por el medio, igual que en algunos volcanes.

—Qué casualidad, teniente, venir volando de tan lejos, y caer justo en el medio de la frontera —provocó adrede Quipildor, sabiendo que aquellos comentarios enfurecían a su jefe.

—No sea imbécil, sargento, los meteoritos no vuelan, y hace miles de años no existían los países y las fronteras en el mundo.

—Comprendido, teniente, si usted lo dice... Un oficial jamás se equivoca.

Costa siguió consultando mapas, aunque no hubiera plano que explicara el despliegue caótico de aquellas moles sin sentido.

—Aquí hay algo raro —dedujo Costa estudiando la roca de cerca.

—No me diga que nos corrieron la frontera y dejaron el meteorito del lado de ellos, como hicieron con el volcán de Cerro Trunco.

—Al revés, Quipildor, aquí dejaron la frontera y se llevaron el meteorito. Es más fácil que llevarse un volcán.

—¿Cómo puede ser, si lo estamos viendo? ¿O se trata de otro espejismo? —preguntó Quipildor palpando la superficie con una mano, pero tuvo que salir corriendo, porque Costa había extraído la pistola y apuntaba a la roca. La pistola de Costa, por lo general, colgaba en su cartuchera en una pared de su habitación, pero en los días anteriores el clavo había cedido y no había encontrado mejor lugar en donde colocarla que en su cintura—. Es mi deber informarle que los disparos se van a oír en medio continente —advirtió, tapándose los oídos.

—A esta hora el suelo está caliente, las ondas de sonido

se curvan hacia arriba y se pierden, el ruido de los disparos no llega hasta Roca Pelada.

«Otra vez el astrónomo», pensó el sargento molesto, y luego se preguntó si tanto había que estudiar para ser un simple teniente.

—Y si llega no me importa —contestó Costa mordiendo las palabras mientras vaciaba el cargador sobre la roca, que se desgranó como un trozo de pan duro.

Tras analizar uno por uno los fragmentos descubrió varios fósiles marinos.

—Malditos caranchos, se llevaron el original y nos dejaron una vulgar roca de la cordillera. Es imposible que un fósil de caracol provenga de los confines del universo.

Aquella era una oportunidad única para Quipildor.

—Esto probaría que hay vida en otras galaxias, teniente —provocó el sargento con el tono sumiso de siempre, decidido a rebatir las opiniones de aquel oficial arrogante que se creía un sabio porque sabía leer.

—No se haga el vivo, sargento. Aquí las cosas son como yo digo. ¿Entendido?

—Entendido, teniente, pero quisiera saber cómo haría un caracol de mar para cruzar la llanura desde la costa, y encima, subir al altiplano. Tardaría millones de años, siempre que no le pasara una vaca por encima. Es más probable que provenga del espacio, un meteorito viaja mucho más rápido que un caracol.

—¿Usted tiene idea de lo que había aquí antes de que se formara la cordillera?

—Dígame cualquier cosa y se la voy a creer, teniente, pero no me venga otra vez con que aquí arriba había un océano. Soy sargento, pero no soy tarado.

Costa guardó la pistola y buscó entre sus pertenencias una libreta o cuaderno para explicar al sargento de manera

gráfica el choque de fallas que había formado la cordillera, luego desistió. Ya lo había intentado varias veces, y resultaba inútil.

—Mejor vayámonos de aquí —ordenó, harto de aquel hombre, y se preparó para el largo regreso al destacamento.